

Pedro y Juan

Como decíamos al terminar el relato anterior, hubo alrededor de siete años de tranquilidad en la región chaqueña que había sido escenario de tantos hechos vandálicos.

Los ideales de los esposos Cavalieri de que la civilización penetrara en la comarca, se iban convirtiendo paulatinamente en realidad. Varias familias se habían radicado en las cercanías como arrendatarios del potentado Sr. Savarín; éste les cobraba un arrendamiento ínfimo porque, al fin y al cabo, le convenía que su propiedad se poblara y cultivara. Había logrado que se extendiera un ramal de la línea telefónica que unía San Martín con Morón, el cual llegaba hasta la importante estancia que poseía en el territorio occidental del río y, de allí, hasta la estanzuela del Sr. Cavalieri. Gran verdad dijo Quevedo en su famosa letrilla: "Poderoso caballero es don dinero". Ahora, el administrador de la "estancia grande" y el que administraba la propiedad allende el río, como eran buenos amigos, cada noche mantenían una conversación telefónica que prolongaban a su placer, y se comunicaban las noticias interesantes, no sólo referentes a sus respectivas tareas, sino acerca de los más variados temas.

Era notable la influencia de los esposos Cavalieri entre los pobladores de aquel territorio. Ya dijimos que la señora era una mujer inteligente y culta. Además, que se distinguía por su espíritu generoso y servicial. Las madres acudían a ella con sus pequeños o grandes problemas de amas de casa, y nunca se despedían sin haber recibido la ayuda o indicación que necesitaban. Por su parte, el esposo era un auténtico autodidacto: leía mucho, en tres idiomas, y se había convertido en un hombre ilustrado porque tenía una memoria y una capacidad de reflexión extraordinarias. Además de historia y geografía, en que era muy versado, había estudiado con empeño el código civil y el rural. Los colonos y ganaderos de ambas márgenes del río, y aun algunos comerciantes de Morón, lo consultaban cuando tenían problemas relacionados con su ocupación y con las leyes. Y en más de una ocasión los sacó de apuros.

También había progresado económicamente. Amplió su casa y destinó una de las habitaciones para escuela. No faltaban alumnos: todas las familias tenían muchos hijos, como ellos. Antes de que los Cavalieri establecieran "su escuela", los padres o las madres, al igual que los esposos Cavalieri, se habían desempeñado lo mejor que pudieron como maestros de sus hijos, de modo que, aunque el alumnado en total no pasaría de 20 niños, había que separarlos en varios grados, desde primero a cuarto. El primero que desempeñó el cargo docente en esa escuela fue el hijo mayor de los Cavalieri; pero sólo durante las vacaciones, porque tres de ellos, los dos varones y la hermana mayor, asistían a un colegio de internado en una ciudad lejana. Después de este "ensayo", que evidenció cuán grande era el interés de padres y niños, el Sr. Cavalieri empleó, durante varios años, a un maestro o maestra, a quien, además del sueldo, le daba alojamiento y pensión en su hogar.

Entre los alumnos que concurrían a la "escuela de don Enrique", había dos hermanos, Pedro y Juan, huérfanos de padre y madre, pero criados por una buena familia, como hermanos de sus hijos, todos varones. Tendrían 15 y 14 años, respectivamente. Pero era común en aquel lugar que varios de los alumnos hubieran pasado la edad de la niñez. El maestro notó en pocos días cuán diferentes eran los dos hermanos en inteligencia y temperamento: Pedro, aunque tímido y más bien lento para aprender, era tenaz en el estudio, cumplidor de sus tareas, respetuoso con el maestro y bondadoso con sus condiscípulos. Juan, en cambio, captaba con asombrosa rapidez las explicaciones, aprendía con mucha facilidad, era inquieto y vivaz.

Además, físicamente, era alto, musculoso, fuerte y ágil. De modo que pronto la mayoría de los niños, inconscientemente, comenzaron a considerarlo una especie de superhombre.

Y después de un tiempo, cuando comprobaron que era el jinete más diestro de la muchachada y que tenía una puntería que los dejaba con los ojos grandes y la boca abierta de asombro, la admiración se transformó en una mezcla de veneración y temor, porque Juan hacía valer sus "derechos" sin admitir discusión.

Cuando los dos hermanos terminaron el cuarto grado, último que se ofrecía en la escuelita de los Cavalieri, hacía mucho que a Juan todos lo conocían como "Juanote", porque se había convertido en un gigantón; y a él no le disgustaba el aumentativo de su nombre.

Entonces Pedro le manifestó al Sr. Cavalieri su deseo de que lo empleara como peón en su estancia. Don Enrique accedió gustoso, porque Pedro ya se había acreditado como vaquero eficiente: trabajador,

responsable y conecedor de todas las tareas propias de un ganadero. Así, Pedro se convirtió en otro "mensual" permanente de la casa.

-También puedo darle trabajo a Juanote -dijo don Enrique, que conocía la destreza y vigor del hermano menor.

-Gracias, don Enrique; pero Ud. sabe que Juanote es intranquilo, y dice que quiere probar suerte en algún lugar nuevo. Hacía algún tiempo habían trasladado de esa sección al jefe de policía, que tan enérgicamente se ocupara en limpiar de maleantes la comarca. En cuanto a Rinaldi, la "mente" que se suponía había dirigido las "actividades" de los facinerosos, continuaba apareciendo en Morón, aunque cada vez con menos frecuencia. Si alguien bastante osado le dirigía la palabra: "¡Pero, don Rinaldi, qué poco se lo ve por acá!", "¡Que quiere, amigo, los negocios requieren cada vez más mi presencia en la capital! Ando ocupadísimo", era la respuesta pronta, siempre acompañada de una sonrisa imperturbable.

De repente empezaron a correr rumores acerca de nuevos malhechores que se dedicaban con preferencia a robar animales, cada vez en mayor número. Luego los vendían en alguna otra provincia, con otra marca y señal.

Otro rumor estaba preocupando al Sr. Cavalieri. Tenía un tío materno, el Sr. Castellani, especie de señor feudal -quizá tan rico como el Sr. Savarín- que vivía en una estancia amplia y cómoda, con su numerosa familia, pero aislado del resto del mundo; tal vez en parte debido a las circunstancias, por haberse establecido desde sus comienzos en una región apartada y poco accesible. Pero sin duda, su aislamiento se debía mayormente a que ese modo de vivir le agradaba. Si algunos parientes o amigos decidían llegar hasta su remota mansión para visitarlos, los recibía cordial y alegremente, él y su esposa los agasajaban con liberalidad y les insistían que "por favor" se quedaran más tiempo. Pero si se los invitaba a retribuir la visita, el Sr. Castellani tenía mil razones que le impedían abandonar, aun por unas horas, sus propiedades. ¿Y salir de paseo con la familia? ¡Imposible!

Y ahora se rumoreaba, cada vez en voz más alta, que su tío mantenía relaciones de íntima amistad con ese Sr. Rinaldi; que éste lo visitaba asiduamente y a veces permanecía allí durante meses escondido. . . Unos albañiles amigos de don Enrique habían trabajado varias semanas para el Sr. Castellani haciendo algunas ampliaciones y mejoras en la casa. "Sí, es verdad -decían-, ese individuo entra y sale como uno de la familia. Es simpático y cortés con todos. El dueño de casa y él son buenos ajedrecistas y juegan hasta altas horas de la noche. Pasan horas conversando en el escritorio..." Don Enrique sentía afecto por su tío y familia. Creía que era un hombre honesto. ¿Qué motivos lo habrían obligado a comprometerse de tal manera con ese personaje inteligente y siniestro? ¡Si sólo pudiera persuadirlo a vender todo y trasladarse a Morón o a algún otro centro civilizado! Las hijas ya eran señoritas y muy hermosas; necesitaban vivir en un ambiente de mayor cultura. . . Pero, conocía a su tío... con sus ideas demasiado arraigadas.

Una noche en que don Enrique se disponía a iniciar su acostumbrada conversación telefónica, su amigo de la "estancia grande" se le adelantó y llamó primero. Hablaron unos momentos sobre las tareas de rutina, y a los pocos minutos de comenzar con el renglón de las noticias generales la familia notó que el Sr. Cavalieri escuchaba sin hacer los comentarios de costumbre y que la expresión de su rostro se tornaba más grave y sombría cada vez. Al fin dijo:

-Gracias, amigo. No sabía nada- Y colgó el tubo. Se quedó absorto y silencioso por un rato, y luego dijo: - Han asesinado al tío Castellani, y la noticia me ha llegado con mucho atraso. Ya lo deben haber sepultado. La Sra. de Cavalieri en seguida pensó en la aflicción de los deudos.

-¡Pobre tía, y las chicas! ¡Qué horrible! Irás a visitarlos en seguida ¿verdad?

-Por supuesto. Mañana temprano. Y tal vez me quede un día o dos, si me necesitan. Así fue, en efecto. La familia desesperada no atinaba a otra cosa sino a llorar lo ocurrido. De modo que se sintió no sólo consolada sino aliviada con la presencia de una persona capaz de orientarla y hasta decidir por ella. Cuando don Enrique regresó, contó a los suyos cómo ocurrió el crimen. A media tarde, cuando el hijo mayor, ya hombre, recorría los campos con un peón y el hijo menor estaba ocupado en el tambo, se acercaron dos hombres a caballo. El Sr. Castellani, siempre atento, salió a recibirlos, mientras la esposa y las hijas observaban por las ventanas. Cuando el dueño de casa se adelantó a saludarlos, uno de ellos le dijo algunas palabras que las mujeres no alcanzaron a oír y, luego, con asombrosa rapidez extrajeron sus revólveres y los descargaron sobre él, causándole una muerte instantánea. Siguió momentos de completa confusión. Las mujeres, enloquecidas, rodearon el cadáver. El hijo menor, al oír los disparos,

corrió del tambo a la casa y se halló en presencia de la trágica escena. Fue, sin embargo, el único que recordaba haber visto dos jinetes que se alejaban al galope y se perdían entre los bosques.

Tanto la esposa como las hijas manifestaron que los asesinos eran enteramente desconocidos para ellas. Además, don Enrique comprobó que sus parientes revelaban una gran ingenuidad e ignorancia, propias del aislamiento en que habían vivido. La excepción era el hijo mayor; ya hombre, como único encargado de los negocios de su padre, a menudo iba a Morón o a otras poblaciones y trataba con la gente. Siempre guardó discreto silencio ante las distintas conjeturas que se hacían en cuanto al motivo del crimen: que Rinaldi mandó matar a su "amigo" porque éste sabía más de lo conveniente; que algún otro "jefe" menor ordenó su muerte, desconforme con esa íntima amistad que podía perjudicarlos a todos; que sin duda, en las palabras que uno de los "ejecutores" le dirigió, estaba la clave de todo, pero esas palabras sólo las oyó el extinto. Cualquiera hubiera sido el motivo, el Sr. Castellani se llevó el secreto a la tumba. Poco tiempo después la familia se trasladó a Morón. La madre trató de resarcir el daño causado a las hijas, haciéndolas estudiar en escuelas particulares. Pronto se hicieron de amistades y formaron sus propios hogares. Los lectores sin duda se estarán preguntando qué tendrá que ver la historia de los Castellani con Pedro y Juan, los hermanos cuyos nombres sirven de título a este relato.

Pues ya lo verán. Pedro desempeñaba con eficiencia todas las tareas que le correspondían y cada día aumentaba la confianza de don Enrique en él como joven honesto y responsable. Como era lógico, tenía libres los fines de semana. Don Enrique daba por sentado que Pedro pasaba esos días con la familia que lo había criado, y se distraía en compañía de sus "hermanos de crianza". Pero hacía semanas que observaba algo extraño: el joven regresaba preocupado y cada vez con menos disposición de conversar. Sólo cuando se entregaba de lleno a sus ocupaciones parecía reanimarse. El Sr. Cavalieri pensaba:

-¡Qué raro es este Pedro! Parece que le agrada más trabajar que salir a distraerse. Será que anda sufriendo por amores contrariados... Pero un día don Isaías le reveló el misterio.

-Don Enrique, ¿no sabe Ud. que Juanote pertenece a la banda de forajidos, y que él y otros "compinches" se esconden en estos montes cercanos?

-¿y Pedro lo sabe?

-¡Claro que lo sabe! Por eso anda tan afligido, porque ha procurado "encarrilarlo" de nuevo y no ha conseguido nada. Juanote le ha dicho: "Es inútil cuanto me digas. No puedo salir de esto. Mejor que no me busques ni me veas más". No hacía mucho habían nombrado un nuevo jefe de policía en San Martín, encargado de limpiar de maleantes toda la región chaqueña. La elección no podía ser más acertada: el hombre poseía coraje hasta la temeridad. Además era buen organizador, enérgico y tenaz. Coincidió con uno de los objetivos que se había propuesto el nuevo presidente de la nación: eliminar de todo el país los malos elementos, malhechores y ladrones.

De ahí que los forajidos fueran replegándose cada vez más al norte, donde los bosques chaqueños les servían de refugio. Y por necesidad, y también por venganza, cada noche mataban algunos de los mejores animales, escogían una pequeña porción y abandonaban los cuerpos en distintos sitios. A veces únicamente los cuervos que revoloteaban en cierto lugar orientaban a los ganaderos para encontrar los cadáveres.

El puestero del Sr. Cavalieri, don Alfonso, hermano de don Isaías, ardía de indignación porque cada mañana encontraba, acá y allá, varias hermosas reses sacrificadas, casi intactas. Eso revelaba el deliberado propósito de causar daño sin necesidad. Fue a entrevistarse con el Sr. Cavalieri.

-Don Enrique, esto es insoportable. Es necesario denunciar el hecho. La policía debe tomar cartas en el asunto.

-Lo he pensado, Alfonso; pero he llegado a la conclusión de que, lo único que vamos a conseguir por el momento, es ensañarlos más.

Pronto el jefe de policía de San Martín se organizará y a todos esos maleantes ya les llegará también su hora. Lo que don Alfonso le dijo al Sr. Cavalieri se lo expresó también a otros. Lo cierto es que un día le llegó un mensaje de Juanote:

-No intervengas, Alfonso. De lo contrario, lo pagarás con tu vida.

Muchos se enteraron de la amenaza y le aconsejaron a don Alfonso que fuera prudente y callara. Por supuesto, los más enérgicos en aconsejarlo fueron don Isaías y don Enrique. Un día, a mitad de la semana,

Pedro se acercó a su patrón y con mucho nerviosismo le pidió que le concediera ese día libre en vez del fin de semana.

-Quieres hablar con Juanote, ¿verdad? -inquirió bondadosamente don Enrique. Pedro enrojeció hasta la raíz de los cabellos, y balbuceó:

-¿Ud ... lo sabía. . . don Enrique?

-¡Vaya, muchacho! ¡Lo sabe todo el mundo!

-¿y no me ha despedido del trabajo? -preguntó cada vez más desconcertado.

-¿Por qué te había de despedir? Tú eres una persona y Juanote es otra ¿no? Muchos me han dicho que soy demasiado confiado. Pero, la verdad es que confío en ti. Puedes ir, aunque dudo que ganes algo.

-Es que tengo algo especial que decirle...

Pedro se fue. Quién sabe a qué hora de la madrugada regresó; pero al otro día estaba listo como de costumbre para iniciar su trabajo.

-No necesitabas levantarte temprano hoy. ¿y cómo te fue? ¿Y qué era eso especial que tenías que decirle a tu hermano?

-Tenía que decirle que no fuera desagradecido con Ud., que le debía muchos favores, y no lo perjudicara.

Guardó silencio, un silencio cargado de bochorno y amargura.

-¿y qué te contestó? -lo apremió don Enrique.

-Que no... que no quiere hacerle daño, pero que Ud. no debe denunciarlo, porque si lo hace... se verá obligado . . . El muchacho estaba tan abatido, que don Enrique, conmovido, le palmeó la espalda y lo animó:

-Tú has hecho todo lo que estaba de tu parte. No te mortifiques más. Y por mí no te preocupes. Ya sabes que nada me impedirá cumplir mi deber cuando sea necesario. . . Puedes ensillar; vamos a dar una vuelta por el campo. Don Alfonso era tozudo cuando se trataba de algo que él consideraba su deber. Así que, a pesar de los consejos, un día, cuando tuvo que ir a Morón, pasó por la comisaría e informó que los malevos "carneaban" cada noche varias reses del ganado que estaba a su cargo.

Ocurrió dos días después. Era época de vacaciones, de modo que don Enrique, los dos hijos mayores, Pedro, don Isaías, y otro hijo de Cavalieri, que aún era niño pero ya todo un vaquero, habían salido a recorrer el campo. La Sra. de Cavalieri estaba sola con sus hijas y los chicos menores. De pronto les llamó la atención un jinete que se acercaba a toda carrera. Cuando estuvo más cerca, reconocieron a Luisito, el hijo de don Alfonso, de siete años. Al ver que el chico no aminoraba la velocidad, la familia en pleno se dirigió al portón. Allí Luisito detuvo abruptamente su caballo. ¡Estaba blanco como un papel! . . . ¡Aterrorizado!

-Señora. . . Juanote lo mató a mi papá -alcanzó a decir y rompió a llorar, echado sobre el caballo.

Suavemente la Sra. de Cavalieri lo bajó del caballo y con todo cariño lo llevó a la casa. Lo dejó llorar, le dio algo fresco de beber, y luego le dijo:

-Ahora, hijito, cuéntamelo todo. ¿Dónde está tu papá? ¿Cuándo sucedió lo que me dijiste?

-Ahorita nomás, señora. Veníamos para acá. Mi papá quería hablar con don Enrique. Y cuando entramos en el camino del "monte" -señalando a uno de los senderos abiertos por el Sr. Cavalieri en el bosque oriental- Juanote apareció entre los árboles apuntando con el revólver y le dijo: "Te lo avisé, Alfonso, y no me hiciste caso". Mi papá quiso sacar su arma, pero Juanote le "tiró" tres tiros. En seguida se metió en el "monte". Mi papá cayó primero sobre el caballo y alcanzó a decirme: "Avísale a don Enrique".

Entonces se cayó al suelo. Yo me bajé y vi que ya estaba muerto. El pobre niño fue contando la tragedia, sacudido por los sollozos. Después de decirlo todo, se sintió más aliviado.

En cambio, la Sra. de Cavalieri estaba desesperada. ¿A qué hora regresarían los hombres de su recorrido? No había un solo hombre a quien avisar. ¡Ganas tenía ella misma de enganchar los caballos al coche e ir a buscar el cuerpo de la víctima! Pero sabía que, en casos de homicidio, no se podía mover el cadáver sin autorización de la policía.

Por fin empezaron a regresar los hombres, y como no iban ni volvían en un solo grupo, dos de ellos lo hicieron por ese sendero y vieron el caballo de don Alfonso, ensillado pero sin jinete, inmóvil en cierto lugar. ¡El noble animal no se había separado de su dueño! Se acercaron y se encontraron con el amigo muerto. Por venturosa casualidad, uno de los últimos en regresar fue don Isaías. Para entonces, ya don Enrique estaba a mitad de camino hacia Morón. Denunció el hecho y pidió autorización para sepultar al

extinto. Dos policías lo acompañaron al regresar. Tal como se lo dijera a Pedro, a don Enrique "nada le impidió cumplir con su deber cuando fue necesario".

Tenían que cruzar el río para sepultar a don Alfonso, porque en la región oriental aún no había cementerio. Fue una ceremonia sencilla pero inolvidable para todos los vecinos que, de ambos márgenes, se reunieron para despedir a otra valiente víctima del salvajismo. Nadie lo había visto jamás llorar a don Isaías, pero cuando acercaron a la fosa el ataúd que contenía los restos de su hermano, se enjugó las lágrimas y con la voz ronca y quebrada, le pidió a su amigo:

-A ver, don Enrique, hable unas palabras o lea algo del Libro y diga una oración.

Don Enrique nunca estaba desprevenido: había llevado "el Libro", "por las dudas, si me piden", como había dicho. Abrió las Sagradas Escrituras y leyó en el capítulo 40 del profeta Isaías: "Toda carne es como la hierba, y toda su gloria como la flor del campo. "Sécase la hierba, cáese la flor, mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre". Luego habló pocas palabras, muy solemnes, sobre la necesidad que todos tenemos de vivir de tal manera que, si la muerte nos sorprende, estemos en paz con Dios. Después elevó una sentida plegaria. Tampoco a don Enrique lo habían visto llorar, pero cuando empezaron a cubrir de tierra la fosa que guardaba el cuerpo de su fiel y honesto colaborador, se alejó del lugar limpiándose los ojos. Cuando regresaron del sepelio, don Enrique reunió a su familia y pidió que Pedro también estuviera presente. Se dirigió a los hijos varones, pero sin duda quiso que todos escucharan sus palabras:

-Desde hace tiempo, varios de mis amigos, y últimamente Uds. con mucha insistencia, me han dicho que debiera andar armado, especialmente cuando salgo solo. Tal vez ahora se hayan convencido de lo inútil que es el arma en las circunstancias actuales. Por buenos tiradores que seamos, los maleantes están en el "monte" y nosotros en campo abierto. Nuestra mejor arma es la protección de Dios, siempre que confiemos en él. Si él ve que aún no ha llegado nuestra hora, nos defenderá. Uno de los hijos lo interrumpió:

-Entonces ¿por qué te perfeccionaste como tirador y nos has estimulado a ejercitarnos nosotros también?

-Porque necesitan buena puntería para defenderse de los animales peligrosos. Y otra cosa: no hay que confundir valentía con imprudencia. Alfonso fue imprudente y desafió la amenaza de Juanote; y todo su valor no le valió de nada porque estos facinerosos matan a traición.

-Pero tú ahora fuiste a demandarlo, y él te amenazó a ti también -volvió a replicar el hijo.

-Una cosa es que nos "carneen" algunos animales, y muy diferente es que maten a un hombre. Y si yo no iba, Uds. saben quién lo haría ¿no? Don Isaías. Así que sólo cumplí con mi deber. Bueno, ya les he dicho lo que quería decir.

Lo que don Alfonso no supo esperar con paciencia, se realizó al poco tiempo. El personal de los distintos centros de policía fue debidamente organizado, adiestrado y armado. Y empezaron las redadas también en los bosques chaquenos. Muchos de los forajidos lograron escapar a otra provincia, pero también allá se les declaró guerra sin cuartel.

Y en una provincia lejana, una patrulla de la policía se encontró con el resto de la banda de Juanote. Varios se entregaron. Juanote, en cambio, confiando en su infalible puntería y en su destreza de jinete, huyó mientras disparaba contra los patrulleros, con la esperanza de ganar el bosque. Pero en la patrulla también había diestros jinetes y excelentes tiradores. Y Juanote cayó, muerto a balazos.

Pedro sufrió al saber el fin de su único hermano, aunque desde hacía tiempo temía que tarde o temprano ocurriera esto.

-¡Qué le vamos a hacer! El que mal anda, mal acaba -fue su filosófico comentario.

Los dos hermanos fueron criados por la misma honesta familia; los dos concurrieron a la misma escuela y recibieron las enseñanzas de un excelente maestro. Los dos tuvieron las mismas oportunidades. Pedro escogió el camino del bien y del trabajo. Crió luego su propia familia y vivió independiente, en forma sencilla pero honesta. Juanote, mucho mejor dotado por la naturaleza, escogió el camino torcido y acabó tristemente su vida, perseguido como una fiera.

Una vez más se comprobó en estas dos vidas, que "cada uno es arquitecto de su propio destino".